

RESEÑAS

Susana Zanetti. *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2002. 448 páginas.

Este libro se inscribe en el marco de una historia social de la literatura latinoamericana; ofrece un panorama de la historia de la lectura en el continente, centrado en las diversas ficcionalizaciones de las escenas de lectura, desde la entrada en la modernidad y su fe en la función del libro hasta la actualidad. El propósito es relevar las diferentes maneras en que una sociedad, en tanto comunidad imaginada, se piensa como lectora, lo que implica reponer el nexo entre literatura y público en la conformación de lectorados y campos de lectura, así como su incidencia en la producción de los textos, en las concepciones estéticas y en el diseño de políticas culturales.

Su autora, docente e investigadora universitaria, es reconocida en Argentina por su labor en la industria editorial, pues trabajó en Eudeba (Editorial Universitaria de Buenos Aires) y en el Centro Editor de América Latina, donde dirigió colecciones populares de literatura argentina e hispanoamericana. Sus trabajos críticos, que a menudo han enfocado el tema, y ahora este libro, vienen a ofrecer algunas respuestas a la agenda crítica latinoamericanista, demandadas desde los años

ochenta; incorpora para ello un conjunto de nociones provenientes del campo de la historia cultural de lo social (Roger Chartier, etc.), así como de la crítica literaria, puesto que el proyecto contempla los momentos de lectura y de relectura, las reediciones, prólogos y notas que acompañan la presencia de la escena de lectura, atendándose de esta manera a la historicidad de los protocolos de lectura. En efecto, como bien expresa este libro, la lectura no constituye una invariante histórica, ya que está incluida en una red de prácticas sociales y culturales que le dan sentido y que transforman a los libros y a los lectores, dependiendo de las representaciones del saber, del ocio y de la subjetividad que cada horizonte histórico propone. Las *escenas de lectura* no solamente hablan de la confianza en el libro, también convocan la fantasmática figura del lector que, desde el “curioso” del siglo XVII irá conformándose como “público” a partir del XVIII, estrechando lazos con el periodismo y las muy divulgadas colecciones de viajes. La función social que paulatinamente adquiere la lectura, que Zanetti confronta con un registro minucioso de datos sobre alfabetización, tiradas editoriales e información paratextual, se proyecta en temas que se desprenden de su ficcionalización, induciendo comportamientos genéricos, familiares y sociales. El proyecto de una historia de

la lectura sin embargo, como acota la autora, no carece de dificultades, pues implica la restauración de públicos, mediatizada por nuestras ideas actuales sobre la estética, cristalizaciones en el imaginario social y modos diferentes de percibir la lectura de parte de editores, críticos y lectores.

El capítulo 1 aborda la trama de lectura y escritura en *El lazarillo de ciegos caminantes* (c. 1776) de Alonso Carrió de la Vándera; ambas se conforman a través de un pacto entre los dueños del saber (el Visitador) y sus discípulos obedientes (Concolorcorvo), que emblematican el pacto colonial. La alianza aparente se realiza en esa ficción de diálogo que recorre los tramos más densamente políticos del texto (la anatematización del indio, la búsqueda de la homogeneidad lingüística como pauta aculturadora, la defensa del colonialismo hispánico frente al británico, la exaltación de los “ingenios” criollos frente a las versiones de su inferioridad sustentadas por pensadores europeos), señalando a la vez la posición diferenciada de los sujetos hablantes respecto del lugar de América en el horizonte de reorganización del estado borbónico. Se advierte así una tensión, derivada de la posición de subalternidad de uno frente a otro sujeto, cuya “escritura” se halla siempre supeditada al control de la “lectura” del otro. Ese control se ejercita también en la “biblioteca imaginaria” que, por contraste con aquella que se encuentra en la casa del caballero tucumano, diseña Carrió de la Vándera. El letrado reformista está interesado en la constitución de un *lectorado americano moderno*, de allí la importancia otorgada a la utilidad y amenidad del texto tanto como al *lector*, que ya dejará de pertenecer al estrecho círculo de lectores institucionales —los funcionarios del Consejo de Indias, por ejemplo, u otras autoridades—

para abarcar, tal como se convoca en el prólogo, a diversos tipos, lo que denota la ampliación del lectorado a través de la “lectura diversificada” que propone un texto que rebasa los límites genéricos (itinerario, informe a las autoridades coloniales, relato de viaje, propuesta de reformas). Es esta una época de transformaciones en los hábitos de lectura, en la que a los modos de comunicación tradicionales —el pregón, los pasquines, los sueltos— se suman las reuniones de “amigos literatos” y la fundación de asociaciones, que muestran “los alcances de la circulación de lo impreso por encima de la posesión del libro”; pero, además, se asiste a la emergencia de un fenómeno moderno: el surgimiento de la prensa americana y la fluida recepción de la extranjera, que revelan el interés por los avatares de la Revolución Francesa y la independencia de Norteamérica, que ayudarán a madurar el reclamo por la emancipación del poder colonial.

El capítulo 2 se centra en la correspondencia de la chilena Carmen Arriagada (1807-1900) con el pintor Rugendas. Son 235 cartas escritas entre 1835 y 1851, que éste conservó hasta su muerte. Carmen, en cambio, quemó la mayoría de las que estaban en su poder, por temor al marido. A pesar de ello, no se advierten diferencias entre lecturas “masculinas” o “femeninas”, sino un mismo espacio de lecturas compartidas entre dos personas de diferente cultura y proveniencia. El tema de la lectura se engarza aquí con el contrato amoroso epistolar, que circula por el comentario de los libros; éstos, como objetos, testimonian el recuerdo del contacto físico. Carmen es una *lectora romántica*, en quien la emoción constituye el baremo de la lectura “correcta; los autores leídos y comentados —Chateaubriand, Byron, Michelet, Dickens, Víctor Hugo, Saint-Beuve, además de escritores

chilenos jóvenes, como Jotabeche y Lastarria, y los exiliados argentinos, señalan la impronta del Romanticismo en la década del cuarenta”, en la instancia inicial de conformación de las literaturas nacionales. Los comentarios de folletines, cuentos, poemas, artículos de costumbre aparecidos en la prensa, hablan de la efectiva ampliación de los lectores, cuyo crecimiento promoverá un *primer momento de la revolución del lectorado*, de *enciclopedización de la cultura*; en efecto, los comentarios de Carmen sobre los avances en las ciencias, en las humanidades y en la tecnología, así como la circunstancia de que conociera otros idiomas, lo que la liberaba de la dependencia de las escasas traducciones al español, nos hablan de la formación cultural de un estrecho sector social. De otro lado, las cartas privadas, al publicarse, son un caso de lectura primera y lectura ampliada: transformado el material epistolar en libro, la lectora se convierte en autora.

El capítulo 3 ofrece un panorama de la lectura a lo largo del siglo XIX, período en que la novela adquiere una fuerte incidencia en América Latina, convirtiéndose en un modelo de la sociabilidad y la familia requerido por el Estado. Este capítulo, como el siguiente, constituyen una puesta en práctica de la teoría del materialismo cultural de Williams, pues muestra hasta qué punto literatura e instituciones se hallan imbricadas en la conformación de lectores pensados como *ciudadanos* de los nuevos estados. Aquí Zanetti acude a una interesante documentación como testimonio de las transformaciones socioculturales operadas en las primeras décadas del XIX; se trata del testamento de José Joaquín Fernández de Lizardi, publicado en 1827, quien apuesta a la función docente de la palabra escrita, destinada a un público heterogéneo, con el que habrá de buscar

una alianza para derrotar el peso del latín en la ciudad letrada. Lizardi es un ejemplo del escritor que intenta vivir de su profesión, ferviente defensor de la circulación de impresos –fábulas, diálogos, artículos breves, novela– como fundamento de una *opinión pública* esencial para la existencia de una ciudad moderna, guiada por la razón. Pero además, insiste en el valor de mercancía de los libros y de los periódicos y aduce que los verdaderos mecenas de los escritores son los lectores que compran libros. En un momento de fuerte presencia inquisitorial y de restauración absolutista en México, la publicación de *El periquillo sarniento* (1816) y *La Quijotita y su prima* (1818) le ganan la atención femenina, público que le interesaba por su incidencia en el papel de la familia en la nación.

La autora señala que recién a mediados del siglo comienza a surgir un cuerpo de novelas en las que se ficcionaliza la *lectura intensiva* y, por ello, preñada de didactismo, en oposición a la *extensiva*, cuya diversidad amenazaría los valores cívicos al alentar un conocimiento superficial e incoherente. En esta época, caracterizada por los enfrentamientos armados y los desacuerdos ideológicos, no hay todavía criterios claros que definan las ventajas de una educación pública; en una América en la que pesa la censura eclesiástica, los folletines y las novelas son juzgados moralmente nocivos. La falta de comunicaciones y de profesionales preparados, la escasa circulación de libros hace que los autores sean poco conocidos fuera de los límites de la nación, tal como lo señala Juan Valera en 1886. Fenómenos de distinto alcance, sin embargo, nos alertan acerca de la inconveniencia de considerar en bloque el período. En efecto, en Chile, durante la renovación cultural acaecida en la década del veinte, las dificultades para

acceder a las obras producen un efecto de *lectura intensiva* de parte de los jóvenes liberales —así Rousseau y su *Contrato social*, erigido en catecismo—, en su mayoría universitarios que habrán de intervenir en las discusiones sobre los modos de organización republicana. Las librerías comienzan lentamente a aparecer, buscando ampliar el público mediante la creación de gabinetes de lectura. En Buenos Aires, en 1830 había cinco librerías; en esos años, por influjo de la Generación del 37, crecerá el número de ediciones nacionales; ejemplo de ello es el surgimiento en 1835 de la Imprenta del Estado, que dirigida por Pedro de Angelis comienza a editar su insoslayable colección de obras y documentos. Contemporáneamente, se asiste a un momento de *secularización de la cultura*, que busca atenuar los efectos de la censura, la que no obstante habrá de incidir todavía (así, la quema en la plaza de los ejemplares de *Aves sin nido* (1889) y la excomuniación de su autora).

El capítulo 4 está dedicado a los modelos extranjeros y la literatura nacional, centrado en la incidencia de la cultura liberal en la formación de una sociedad lectora. Lastarria, los Bilbao, Barros Arana, Sarmiento, Vicente F. López, Alberdi, Mitre son quienes, con notable eficacia, influyeron en la definición del libro como bien cultural y en el diseño de políticas culturales, en un período de lucha por las representaciones sociales, en el que la oligarquía debía compartir su prelación con nuevos actores emergentes de las capas medias. Su apertura hacia los estudios históricos, filosóficos y sociales, su atención dirigida al medio, promovieron una literatura propia original, en condiciones de plantearse una identidad diferenciada de la colonial. En esa presencia fuerte del drama, el cuadro de costumbres, el folletín y la novela por entregas, ésta

última será defendida por Sarmiento como una incitadora de la “lectura seria”. Es sintomático el caso de Alberto Blest Gana quien, en su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile en 1861, y con un haber de siete novelas publicadas, aboga por la novela de costumbres y por el uso de una lengua común; el hecho de que su discurso fuese pronunciado en esta institución indica de qué manera la existencia de una literatura nacional era evaluada como un bien simbólico fundamental, en una etapa en la que la cultura letrada se hallaba todavía ligada a la traducción. Se trata de un aspecto a considerar, puesto que —como señala la autora remitiendo a Molloy y Piglia— una literatura nacional siempre regula y organiza la entrada de libros extranjeros; de allí que sea errado atenerse a encuadres estéticos europeos rígidos, porque no sólo homogeniza la variedad, sino que también desatiende la reformulación a que ellos son sometidos en cada contexto cultural.

El capítulo 5 aborda la lectura en *María* de Isaacs, novela que se mueve entre lo arcaico y lo emergente, entre lo prerromántico y lo romántico. Si el texto repone ese placer del llanto por identificación surgido en la Europa del XVIII, por otro lado promueve un deslizamiento desde la lectura edificante a la flexión autobiográfica, instalada en la vida cotidiana cargada de simplicidad de la hacienda y en la primera experiencia amorosa. Si aún se escucha la lectura en voz alta, en un ámbito patriarcal, han cambiado los libros, el lector y la audiencia: pasamos de la voz del padre y el estatus de autoridad que ella impone, a la lectura entre adolescentes. La impronta de lo autobiográfico a través del diario instala una dimensión novedosa en un panorama en el que prevalecía el memorialismo de per-

sonajes importantes; así, *Recuerdos de provincia* (1851) podría ser la contracara de *María*. En cuanto a la lectura de *Atala*, su presencia revela el procesamiento de los modelos prestigiosos y su función estimulante en la producción de una literatura propia. La novela de Isaacs es tomada en el capítulo 6 como emblema de la constitución de un clásico hispanoamericano; Susana Zanetti aborda así la cuestión del texto clásico y del canon, recorriendo autores y libros en que la mención a *María* cumple diferentes funciones y se expande hacia diversos sectores del lectorado, hasta hace unas pocas décadas.

El capítulo 7 nos ofrece otro panorama, esta vez de las primeras décadas del siglo XX y la modernización que ellas entrañan en orden a la creación de las bibliotecas nacionales y a su saber institucionalizado, a las políticas culturales y de mercado y a la tematización de la *biblioteca imaginaria* por parte de escritores y críticos. En uno de los tramos más ricos de este libro, la autora se ocupa de *El triste fin de Policarpo Quaresma* de Afonso Henriques de Lima Barreto, para relevar la puesta en cuestionamiento de ese saber que entraña la biblioteca. *Lectura autorizada* y *lectura legítima* son tematizadas en esa engañosa disyuntiva entre la fe del carbonero en el saber de los libros y el saber de la experiencia. La novela expresa el conflicto entre las ciencias modernas, en las cuales los positivistas fincaban el desarrollo del Brasil y los sectores arcaicos, improductivos para la concepción hegemónica de entresiglos. Como se observa, difícilmente encontremos en la narrativa de estos años una mirada tan crítica acerca de las creencias que fundamentan una nación. Publicada en 1911 como folletín en el *Jornal do Comércio*, en 1915 aparece como libro, pero la obra de Lima Barreto tardará en acceder al canon, soslayada durante mucho

tiempo precisamente por poner en riesgo la continuidad de una literatura construida sobre una representación. La recuperación de todos los discursos nacionales que promueven la rápida modernización de la nación a partir de 1891, permite su parodización a través del protagonista, fidelísimo seguidor de ellos, cuya biblioteca está dedicada, como único tema, al Brasil. Paradójicamente, esa *lectura útil* que apuesta a los “valores auténticos” que Policarpo cree encontrar en el idioma tupí, en la modinha, en el violón, en los libros de geografía, recibe como respuesta las máximas sanciones sociales: será acusado de loco y de traidor a la patria. Policarpo Quaresma es ese héroe moderno degradado que, como el Silvio Astier de *El juguete rabioso* (1926) socavan el control del estado mediante una *lectura fuera de control*. La *traición* en sus múltiples formas es el resultado y la fábula impugnadora de una sociedad que rechaza y margina a todo el que no se ciñe a lo prescrito.

El capítulo 9, centrado en la obra de Teresa de la Parra, aborda el tema de la *regulación de la lectura femenina*. Por primera vez, la mujer deja de ser objeto de la escritura para convertirse en sujeto, un sujeto que en *Ifigenia* liga estrechamente el acto de leer con el cuerpo, su gestualidad y su sensualidad. El goce de leer, aquí, no circula por la alta literatura, la que por el contrario es corroida por la ironía y la tendencia al melodrama, sino por los géneros menores como la carta y el diario que escribe su protagonista, condenada a retornar a “la escuela de las esposas”, al disciplinamiento que impone su círculo de mantuanos caídos en desgracia. En *Las memorias de Mamá Blanca* se revierte esta frustración en el libre juego de la fantasía y la naturaleza, en discrepancia con las demandas de la modernización (que, en el caso venezo-

lano representaría la narrativa de Rómulo Gallegos). En *Las memorias...* el arte de escuchar –más que el de leer– y el arte de decir diluyen las diferencias entre “lo popular” y “lo culto” por medio de la *reinención* constante de unos pocos textos, a los que la oralidad transforma.

El capítulo 10 gira en torno a las lecciones de lectura en *El siglo de las luces*, novela en la que se ficcionaliza la lectura, en consonancia con el momento revolucionario, como motor del devenir histórico colectivo. La lección que las múltiples lecturas dejan a algunos personajes es la convicción de que se debe leer para descubrir los sentidos de la historia, siempre que se acuerde que la competencia no termina en los libros, sino que desemboca en la acción. El capítulo 11 trabaja el tema de la lectura y la reescritura en *Morirás lejos* de José Emilio Pacheco, autor a quien Zanetti ha dedicado varios estudios. El texto es un ejemplo de cómo la narrativa actual otorga especial relevancia a la figura del lector y a la productividad de la lectura. El poder del narrador omnisciente decrece y se resignifican las nociones de “autor” y de propiedad de la palabra. Si *Morirás lejos* se interroga sobre la potencia y los alcances del mal, lo hace poniendo al desnudo el arte de narrar, consciente de que el interrogante inicial debe referir a los lazos entre lo real y su relato. Es ante la presencia de lo destructor que surge el sentido de la ética de la escritura; ésta consiste en la resistencia sistemática de la memoria –hilada en las operaciones de lectura, escritura y relectura– y en la posibilidad de reversión de la historia humana. Frente a la proclamada neutralidad de la ciencia, la polise-mia del lenguaje constituye la apuesta a la literatura; la novela es también una red de citas, entre una de cuyas funciones se destaca la parodia de la retórica realista y de la

manipulación de la historiografía. De otro lado, frente a “la cárcel del lenguaje” y a la imposibilidad de decir lo indecible, *Morirás lejos* –título proveniente de Quevedo, traduciendo a Séneca– habla de un legado en el que lectura y escritura sustentan una *tradicción* que no siempre reen-vía a la muerte: lugar de encuentro y pasaje de textos, afirma una cadena de solidaridades, una multiplicidad de versiones que apuestan a la reinención, pues el texto cambia con cada nueva experiencia lectora.

El capítulo final propone un cierre y, a la vez, una apertura, en este recorrido por los avatares de la lectura en América Latina, que ofrece una nueva perspectiva a la cuestión de la periodización. Ante ese panorama desalentador del horizonte contemporáneo, aparentemente cerrado a políticas que enfrenten con firmeza la fragmentación impuesta por las reglas del mercado, no por acaso la autora se ocupa de *Basura* (2000) del colombiano Héctor Abad Faciolince y de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* (1975) de Armonía Somers. La primera, en la que el narrador se entrega a la tarea de rescatar del tacho de basura los manuscritos de un escritor fracasado de los sesenta, es un emblema de “una cadena inesperada y marginal de comunicación y diálogo”. La segunda propone todas las posibilidades de la lectura, reivindicando la vilipendiada *lectura identificatoria* de los folletines. Reaparece la lectura colectiva, se lee o se cuenta lo que se lee ante los lectores más disímiles, se afirma el goce que produce la *lectura como evasión*, se rechaza el experimentalismo y se incorpora como homenaje la literatura menor; con nostalgia y humor, en el horizonte precario de las ilusiones perdidas de las últimas décadas, *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* vuelve al refugio de los libros, al abandonado lugar donde todavía las

novelas siguen descubriéndonos.

La dorada garra de la lectura constituye una magistral lección de lectura y de escritura; como en esa fina ficcionalización del archivo de Gutiérrez con que abre el capítulo 7, Susana Zanetti ha logrado historizar, acudiendo a un gran número de textos de diferente procedencia, las transformaciones de la lectura en América Latina; nos lega un profundo conocimiento de los textos y, fundamentalmente, una experiencia macerada en el interés por la cultura del continente y en el placer de la lectura.

Elena Altuna
Universidad Nacional de Salta